

## EDITORIAL

*Pocos serán hoy los religiosos y religiosas que no estén acostumbrados al neologismo “intercongregacionalidad”, imagen que espera impactar nuestra imaginación. Expresión de los últimos años que está desencadenando un dinamismo creativo, al empujar a la vida religiosa a crear redes entre los diversos institutos. De ahí que la palabra “intercongregacionalidad” esté también narrando hoy la Palabra, porque se trata de una invitación a seguir avanzando por el camino que conduce al misterio.*

*Con gesto abierto de quien tiene algo que celebrar, este número de TESTIMONIO afronta el tema de la intercongregacionalidad, asumiendo la nota callejera y elevándola a categoría de reflexión vivencial. El acontecer histórico para los creyentes aparece cargado de densidad espiritual, porque la realidad que vivimos es la voluntad de Dios escrita en la vida. Un argumento enriquecido por autores y autoras, universales y ágiles de espíritu, para quienes el ánimo se vuelve esperanza. Hombres y mujeres de ideas claras y corazón inquieto, con aires de un acontecimiento de gracia reavivados en los textos que nos ofrecen.*

*No son excelsas teologías, profundidades filosóficas o brillantes reflexiones existenciales con vocación de trascendencia. Los artículos y experiencias nos aportan un conocimiento no solo informativo, sino performativo, un conocimiento enamorado y entrañado, mostrando en ello más convicción gozosa que concesión forzada ante las necesidades de nuestras obras apostólicas. Aludimos a un valor encarnado que ha de ser acogido más desde la belleza que desde la fuerza. Los autores de estas reflexiones son religiosas y religiosos que no simplemente convocan al encuentro, sino que lo acogen, lo dinamizan. Asumir los valores en forma de conducta significa convertirlos en virtudes.*

*La efectividad de la misión de la vida religiosa en nuestras sociedades pasa hoy por el testimonio de la unidad entre los mismos evangelizadores. No apuntamos tanto hacia lo alto de los grandes contenidos e ideales de nuestra misión, sino más bien nos centramos en el cómo, las mediaciones para encarnar esos contenidos en la vida cotidiana. También nosotros aprendemos quién es Dios a partir de cómo es Jesús. Quizá hoy constatemos con frecuencia que el valor del mensaje también depende del valor del mensajero, del cómo somos capaces de transmitirlo al encarnarlo. Cuando hablamos de intercongregacionalidad en la vida consagrada estamos apuntando a hacer de la relación no solo meta (valor ideal), sino método (valor encarnado), camino de vida.*

*Se intensifica la sensibilidad intercongregacional en los religiosos y religiosas. Nos sentimos unificados por una misma Misión, además de la única fuente carismática –el Espíritu– de la que derivan nuestros carismas particulares. Un momento de gracia para que la vida religiosa viva la unidad en el Espíritu. Se valora a la vida consagrada en su conjunto como un gran Carisma del Espíritu a la Iglesia, con la única misión de Jesús, realizable a través de múltiples tareas apostólicas que los diversos carismas encarnan en el devenir histórico. Todos los religiosos y religiosas participamos del único carisma que es la vida religiosa dentro de la Iglesia. Y en cada familia religiosa vivimos la diversidad carismática que el mismo Espíritu ha suscitado a través de nuestros fundadores y fundadoras.*

*La intercongregacionalidad está respondiendo a una conciencia, cada vez más común, de la unidad de la vida consagrada, más allá de la diversidad de los carismas propios de cada familia religiosa. Queremos ser dinámicamente fieles a la eclesiología de comunión del Vaticano II, que no nos permite seguir viviendo aislados en cada parroquia dentro de la diócesis o en cada instituto religioso en el conjunto de las órdenes y congregaciones que componen la vida consagrada. El Espíritu lleva a la vida religiosa a una sintonía y convergencia de los diversos carismas. Es él el impulsor de la unidad y la diversidad de los carismas particulares. En esa convergencia carismática nos enriquecemos –alimentando la propia identidad– y enriquecemos la identidad de otros al compartir lo nuestro. De hecho, relación significa conocimiento mutuo y enriquecimiento recíproco.*

*Así pues, la intercongregacionalidad, como deseo y realidad histórica, responde a la convergencia de los carismas particulares en el único carisma que es la vida consagrada. Signo de nuestro tiempo por donde el Espíritu está llevando a la vida religiosa hoy. Ciertamente que los signos no nos muestran claramente adónde vamos. El valor de esos indicadores consiste más bien en que nos desafían. Lo que importa es que permitamos que nos desafíen, porque un desafío lo es para quien lo acepta. No podemos vivir en un mundo de ensoñación sin tomar en serio los retos de nuestro tiempo.*

*Donde no hay encuentro no hay vida. La unidad genera fortaleza y confianza, y refuerza la misión compartida. Hoy hemos roto prejuicios y muros y estamos entrando en un camino creciente de relaciones y vida intercongregacionales. Hay uniones, asociaciones, fusiones, proyectos compartidos, comunidades intercongregacionales, y habrá cada día más porque sentimos que por ahí nos está llevando el Espíritu. Apostar por la comunión significa participar de lo común.*

*Se van multiplicando las misiones compartidas entre congregaciones religiosas, ante todo en el campo de la enseñanza y de la misión ad gentes. Una constatación histórica, además de desafío, que nos presenta el Congreso, “Pasión por Cristo. Pasión por la humanidad”, al afirmar: “La unidad de nuestras congregaciones surge indudablemente de una visión común, pero se sostiene a través de una red de relaciones que crean unidad y derriban barreras”. No estamos en retirada frente aquellos que quieren declararnos cansada la utopía.*